

EL CASCABEL

PERIÓDICO ILUSTRADO.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID.
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS.

MADRID 20 DE DICIEMBRE DE 1874.

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS.
NÚMERO ATRASADO: MEDIO REAL.

ADMINISTRACION: CALLE DE ATOCHA, NÚM. 59, BAJO: MADRID.

ADVERTENCIAS.

EL CASCABEL que debería publicarse el domingo próximo 27 de Diciembre, no se dará á la venta hasta el **lunes 28** por la mañanita.

No se olviden Vds. de comprarlo el **lunes 28**, el **28**, lunes, el día despues del domingo 27, que es el **lunes 28**.

Conviene renovar la suscripcion. Conviene á Vds. y á nosotros. Ya saben Vds. que á todo el que renueve se le regala el *Almanaque* de la *Ilustracion*.

EL PAVO.

—Papá, ¿y este año no hay pavo?...
—Sí, hijo mio, miles de pavos hay en Madrid.
—¿Y no traes á casa ninguno?
—No, hijo, este año no traemos pavo, porque has de saber que el pavo cuesta mucho dinero, y nosotros estamos á la cuarta pregunta.
—¿Y tampoco hay un capon siquiera?...
—No, porque no pagan el coupon, y no habiendo coupon no puede haber capon.
—¿Pues este es el fin del mundo, papá?...
—Para nosotros se acerca rápidamente este final.
—¿Y no me traerás tampoco un Belen?
—No, pero consuélate con que no es chico el Belen que hay en España, ¡es el que todos traíamos.
—Marido mio, ya sabes el estado en que estoy.
—Sí, demasiado lo sé; en estado interesante, preñado de temores y peligros para mí. La mujer de un cesante no debía permitirse ese estado.
—Pues tengo que decirte que se me antoja un pavo.
—¿Ya es antojo!
—Y si no me compras un pavo no sé lo que me sucederá.
—Todo lo más que te puede suceder es que des á luz un pavo para Navidad, que es cuando debes salir del paso. Conque aguárdate un poco, piensa en el pavo, y así tendremos pavo para estas Pascuas. Y es inútil pedir otro pavo, porque yo no te lo puedo proporcionar.

PÍLADES Y ORESTES.
CUENTO ORIGINAL

L. S. DE BARRAMEDA.

(Continuacion.)

No era ya solo un simple saludo, un cumplido, una graciosa mueca, remedo de sonrisa para los purpurinos lábios que jamás adquirieron la costumbre de sonreír; no una marchita flor que se desprende á la carrera, recogida en un vuelo y pagada más tarde con fragante ramo que deposita sobre el seto de espino; no: ya no eran solo todas estas cosas, sino que, moderando el paso de Cid, acercábase á la dama de sus pensamientos é informábase de su salud, *el simple mortal*. Despues una palabra sobre el tiempo.—«Hace frio.—Hace calor.—Las nubes principian á agruparse sobre tal ó cual horizonte.—Si ha bajado el barómetro.»—Hé ahí un conjunto de favores que hacian soñar á Rafael á despecho del viejo lord Riffle.
Empero ni estos favores ni estos sueños lograban infundirle la suficiente osadía para aventurar una declaracion.

Tralla, siempre á la escucha y siempre al día, estaba cada vez más triunfante.

En cuanto al codiciado Cid, no le llegaba la cincha al cuerpo.

—¿Quién será, se decia, quién no será ese maldito antojadizo que nos manda á Chano? En verdad que

—Pues nacerá el niño con un pavo pintado en la espalda.
—Así lo enseñaremos á real, y ganaremos para criarle.

—Oye, Judas, ¿puedo hablar contigo un momento?
—Sí, mujer, habla.
—Como siempre estás de un humor tan negro, le dá á una reparo acercarse á hablar contigo.

—Pues no te dé reparo y habla. ¿Qué te ocurre?
—¿Has hecho la cuenta de los pavos?
—¿De qué pavos?
—De los que tenemos que comprar.
—No, pues no me ha ocurrido echar esa cuenta.

—Pues mira: uno para el médico que ha visitado á los chicos; otro para el comadron que me sacó del paso la última vez.

—¿Será la última vez?... Me alegro.
—No digo eso; otro para la maestra de la niña; otro para el profesor del niño; otro para mi madre, que está en el pueblo la pobre en lugar de estar con nosotros; otro para el concejal que te sacó el ascenso; otro para tu jefe; otro para D. José, el que te presta todos los días 24 lo que te falta para acabar el mes; otro para doña Mariquita, que me ha enseñado á coser á máquina, y otro...

—Para el mismo demonio. Tengo que comprar una manada entera de pavos.

—Pues hijo, hay que cumplir con las personas.
—Pero sería muy bueno cumplir sin comprar pavos.
—Y supongo que comprando tantos no dejarás de traer uno para casa, pero como á mí no me gusta matar animales traémelo pelado.

—¿Pelado?... Entonces ese soy yo, porque dificulto que haya pavo más pelado que yo esta Noche Buena. ¡Cuidado que tiene gracia tener que pedir dinero prestado para emplearlo en comprar pavos y regalárselos á unas cuantas personas que puede que, despues de todo, me pongan como nuevo, porque no les he regalado más que un pavo! Mira, me alegraré de que los que compre tengan viruelas, ó á lo ménos sarampion.

—Hola, tío Barbilla; ¿conque ha venido Vd. á divertirse en Madrid?

—Cá, no señor; he venido con unos pavos que hemos cebao, como el otro que *ice*, á ver si les damos salida.

—¿Y qué tal vá la venta?

lo desconocido me aterra. Sin ser un Tralla por el sentimiento, tampoco soy un hombre de aventuras. Yo amo mi hogar, mi casa, á mis amigos; la afelpada dehesa, grandioso y bello harem donde se esparcen mis salvajes mujeres; yo amo, en fin, esta vida de modesta gloria, no acibarada por la presencia de enojosos rivales... ¿Estará escrito que yo recorra el mundo como caballo de titiritero, que viva entre ruñanes, jugadores ó calaveras tontos, que es lo peor. ¡Oh grande y poderoso Alá! ¿quién intenta sorprender los misterios de tu omnipotente sabiduría? ¿No es nuestra vida constante misterio, constante contradiccion, constante sorpresa? Cid por hermoso, Tralla por feo, Cid por pujante, Tralla por débil, ambos parecen igualmente atribulados. Ante tu omnipotencia no existen grandes ni pequeños; todos son iguales. Renuncio, pues, á toda peligrosa meditacion.—Grande y sublime Alá, yo me postro ante ti. Libre el Profeta al último de los creyentes de no acatar tu fallo.

Tales razones os patentizan que no quedaba otro consuelo al noble Cid que el de acogerse á su filosófico fatalismo.

XIII.

Así las cosas, cierto domingo que por la tardecita vió Rafael su imágen reflejada en el espejo, halló su talle tan gentil, tan hidalgo su porte, tan fina su sonrisa, tan expresiva y deslumbrante la llama de sus ojos; hallóse, en fin, todo tan nuevo y tan engrandecido por su amor, que se dijo el pobre:

—Mire Vd., por lo mediano, como *ice* el otro; ahora no se vende la mitad que cuando habia reina, porque ahora, lo que *ice* el maestro del pueblo, todos son unos *cursis aburrios*, aunque me esté mal el decirlo, y tienen poco acostumbrado el *palaar* al pavo, y se apañan con un poco de bacalao mojado, ó *cuanti* más, con escabeche. En fin, que se venden ménos pavos, y esos los regatean mucho las señoras más *encopetás*, que ganas me dan, cuando veo que alguna me desprecia el pavo, ofreciendome una miseria, de coger los pavos y *dirme* al pueblo y comérmelos todos. Porque no puedo llevar con paciencia que me insulten á los pavos; porque decir que un pavo que yo traigo no está cebado como es debido, es como si lo dijieran de mí, pongo por caso... Lo que hay es que esta gente de ahora no entiende de pavos ni de cosa ninguna.

—Jacinto, hoy han traído veinte pavos de parte de tus enfermos.

—Ya me están cargando á mí con tantos pavos, y ningún enfermo me paga las visitas.

—Como las cosas están tan malas...

—Estudie Vd. medicina dos años y medio, que eso he tardado yo en estudiarla por el sistema de la libertad de enseñanza, para reunir luego cada Nochebuena treinta ó cuarenta pavos. Voy á ponerme una chaqueta y á salir con ellos, vendiéndolos por la calle.

—¿Pero sabes que es particular que no te se haya muerto este año ningún enfermo?

—Pues hija, puedes creer que yo no he tenido la culpa; cuando no se ha muerto ninguno, es señal de que no tenían mal de muerte. Y casi, casi, aquí, con franqueza debo decirte que la ciencia que he empleado en cada uno vale ménos que cada uno de los pavos recibidos.

—¿Ya, ya! ¡aprender toda la medicina en tan poco tiempo!

—¡Toma! en ménos tiempo que se estudia la relacion y clasificacion de los sellos de impuesto que se usan en España.

—Mujer, ¿han enviado muchos regalos los padres de los niños que vienen á mi escuela?

—Ahí ha estado á verte el padre de Tomasito, ese chico tan bruto.

—¿Y qué ha dicho? Habrá traído alguna caja de mazapan.

—No; ha venido á verte y á darte las Pascuas.

—¿Buena falta me hacia su visita!

—A Roma por todo. Si es verdad que Lucrecia acepta por marido á lord Riffle, ese viejo estrafalario tan amigo del vino que es la irrision de Gibraltar, cede, sin duda, á la presion de su padre. Mas si encuentra otra cosa... si fuerte al renacer en otro corazón despide al viejo... entonces... ¡oh! entonces todo vuelve á ser llano para mí.

Acto continuo bajóse á la cuadra, mandó ensillar el potro, y apercebido Tralla, los tres partieron.

Tralla marchaba tan campante. El apresuramiento de Rafael hacia saltar su corazón. Cid, como siempre, no las tenia todas consigo. Sin quemarse, caminaba el animalito sobre ascuas.

Su legua y media habrian ya recorrido cuando encontraron á Lucrecia, y para colmo de ventura sola con su groom.

No fué menester más.

Rafael cerró los ojos, tocó al pobre creyente con los talones, y éste, pensando que aquello está escrito por el Profeta, partió derecho á ella con su paso de silfo.

La dama y el galan se saludaron.

—Señorita, dijo Rafael poniendo á Cid al paso de la yegua de Lucrecia, he creído notar que le agrada á Vd. mi caballo.

Y encontrados sentimientos sofocaban su voz al proferir estas razones.

—Seguramente, contestóle la inglesa sin ninguna emoción. Ese animal es muy hermoso.

(Se continuará.)



19 JUL 2770

—Y á decirte que por este año le dispensaras si no te hacia ningun obsequio, porque ya sabes cómo está todo.

—Y para eso le escribí yo al chico la plana que llevó á su padre para que viera los adelantos que no ha hecho! ¡Cómo ha de ser! ¿Y quién más ha venido?

—La madre de Leandrito, el que te rompió ayer la esfera que tienes sobre la mesa.

—¿Y qué trajo esa apreciable señora?

—Este acerico para mí, que lo ha hecho de unos pedazos de seda viejos. Está hecho con primor; lo ménos tiene treinta pedazos.

—¡Valiente señora! No le faltará para ir á Eslava, que muchas noches la veo entrar en aquel café cuando vengo de dar lección de lectura á la criada del escribano. ¡Sea todo por Dios! ¿Y qué más han traído?

—Ramoncito ha traído en un plato estos cuatro pastelillos, uno de ellos mordido, de parte de su tía.

—¡Bonito regalo que vale dos reales! Pues la tía esa ya podía haberse corrido un poco, porque el padre de Ramoncito, que está en Filipinas, no la dejará de mandar buen dinero todos los meses. ¡Válgame Dios! ¿Y qué más hay?

—El padre de Joaquinito ha enviado un frasco de aceite de bellotas, como estás calvo, de dos que dice que le ha regalado una señora.

—Ya podía haberse echado él todo el aceite en la mollera, á ver si le salía pelo en los sesos. ¿Y qué más ha venido?

—La abuela de Arturito, ese niño tan elegante que siempre te está haciendo burla, ha venido ella misma á decir que, mejor que otro regalo, te trae dos escapularios de los que ha recibido de un misionero conocido suyo, que está allá, no sé dónde, muy lejos.

—Agradezco el obsequio, porque serán benditos los escapularios, y buena falta nos hacen para librarnos de tentaciones; pero bien podía esa señora haber enviado siquiera un pavo, sin perjuicio de su delicado obsequio.

—Me ha dicho que le parecía muy mal regalar cosas de comer á personas regulares.

—¿Y por qué no le has dicho que yo no soy persona regular?

—¡Hombre!

—Y no hubieras mentido, porque hazme el favor de decir si hay regularidad alguna en estos tiempos en la arrastrada vida de un maestro de escuela.

—Eso es verdad.

—Es decir, que este año no hay pavo.

—Ni sombra.

—A no ser que nos caiga algo en la rifa del Pardo.

—En el Pardo sí que caeremos nosotros.

—¿Es aquí donde vive un señor que es del *Mentis-terio*?

—Sí señor, en el segundo. ¡Jesús! Con ese pavo que trae Vd., ya son ochenta los que le han traído hoy.

—Se conoce que el hombre estará en candelero.

—Eso digo yo, porque á mí, triste lacayo, nadie me trae pavos. Bien podía Vd. dejarme ese, porque á él, ¿qué más le dá uno más ó ménos?

—Mire Vd. lo que es eso...

—¿No trae Vd. tarjetá?

—Sí señor.

—Pues súbale Vd. la tarjeta, y el pavo lo partimos entre los dos.

—No señor; le dejaré la tarjeta, eso sí, y me llevaré el pavo yo solo. Entré tantos pavos como dice usted que tiene ya, no irá á notar que le falta este precisamente.

AIDA.

El gran acontecimiento de la semana pasada, casi tan deseado en Madrid como la terminación de la guerra civil en las provincias, ha sido la primera representación de la famosa ópera del maestro Verdi, que se compuso expresamente para el mismísimo virrey de Egipto.

¡Poquito alborotado que andaba el mundo novelesco de Madrid con los preparativos para la gran solemnidad! Hombre ha habido que no teniendo dinero ha empeñado el gaban, que es el mayor sacrificio que puede hacerse en este tiempo, para poder asistir á la primera representación de *Aida*, y que se hubiera creído deshonorado y muerto civilmente si aquella noche no se hubiera dejado ver en las butacas del Teatro Real.

Tan ruidoso ha sido el acontecimiento, que la emoción dura todavía. Sobre dos puntos principalmente versan ahora casi todas las conversaciones de Madrid. Ya no se habla de Ruiz Zorrilla, que vive olvidado en el centro de la capital; ya no se habla de la célebre defraudación de unos cuantos carros de papel sellado,

que allá á principios del verano era el asunto obligado de todas las conversaciones á media voz; en fin, no se habla siquiera de los sellos de guerra, invención no ménos célebre que la contribución de huecos y ventanas que ideó y no cobró el Sr. Pedregal ó Cantoral.

En estos dias solo se habla de dos cosas, de la guerra civil y de *Aida*, es decir de dos tragedias. De la primera ya saben mis lectores que se puede hablar en los cafés y en las tertulias, tomando la precaución de no alzar mucho la voz para que las palabras no lleguen á oídos del Sr. Capitan General ó de alguno de sus subordinados, pero en los periódicos solo puede decirse aquello que se haya anticipado á dictar la *Gaceta* que es quien lleva en este asunto la voz cantante. Yo, francamente, ni tengo ganas de que me lleven á las prisiones de San Francisco, ni de que dicten una orden de suspensión contra EL CASCABEL; ¡estos señores gobernantes de ahora son tan amantes de la libertad de imprenta! Por eso me guardaré muy bien de hablar de los carlistas, y prefiero hablar de *Aida*, seguro de que el Gobernador Civil no ha de multarme, ni el Capitan General ha de someterme á un consejo de guerra. Apostaría el pavo de Navidad á que todos mis lectores de Madrid tienen intención de ir al teatro que fué real, y hoy es poco más que ochavo, á ver la gran ópera de Verdi, de la cual habrán oído referir maravillas. Pues bien, voy á hacerles un favor que me agradecerán de seguro, les voy á ahorrar los dos reales que cuesta el libreto de la ópera, refiriéndoles aquí su argumento de una manera compendiosa, lo suficiente para que comprendan por qué las distinguidísimas señoritas Fossa y Vanda Miller y el Sr. Tamberlick gritan y se desesperan en italiano.

El favor es de agradecer, porque dos reales en este tiempo equivalen á cinco perros grandes, y con cinco perros grandes pueden comprarse diez sellos del impuesto de guerra para fijarlos en otros tantos objetos de licito comercio. Dos reales pueden emplearse tambien en un billete de la rifa del Pardo, y con ese billete hay infinidad de probabilidades de sacar en suerte un pavo rollizo, para que cene toda una familia el día de Navidad.

Basta de circunloquios, y vamos al argumento de *Aida*. No hay necesidad de decirles á Vds., porque ya estarán cansados de saberlo, que para que haya ópera es de todo punto preciso que haya unos amores desgraciados, y que los dos tiernos amantes, víctimas de todo género de contrariedades, vengán á morir de una manera trágica, sin haber logrado contraer el lazo conyugal en este valle de lágrimas, pero con la dulce esperanza de celebrar sus bodas allá en lo alto del cielo, sirviéndoles de testigos los angelitos. Eso es lo que ocurre en la última ópera de Verdi, que no porque pase en Egipto en tiempo de los Faraones, ha de sustraerse á esa ley ineludible de todas las óperas del mundo.

Entrando, pues, en los pormenores del argumento, voy á permitirle, para ponerlo al alcance de todas las inteligencias, suponer que la acción pasa en nuestros dias y en nuestro país. Es una libertad poética que, en gracia de la claridad, me dispensarán mis lectores.

Supongamos que el rey de Egipto es un cabecilla carlista que domina sin contrariedad en una población del Maestrazgo ó de las montañas de Cataluña, y allí cobra cada quince dias ó cada vez que se le antoja una contribución, porque los trimestres carlistas, en lo concerniente á contribuciones, tienen á lo sumo veinte ó treinta dias.

Este señor cabecilla tiene entre sus oficiales un guapo muchacho, valiente y fornido, llamado por mal nombre Radamés, que se halla tomando el fresco una mañana en la Plaza mayor del pueblo, cuando se le acerca el cura y le dice:

—¿Sabes que se prepara una expedición contra los liberales, porque hemos tenido noticias de que quieren invadir nuestras montañas para libertar á la hija del alcalde de Etiopía, á quien secuestramos el mes pasado?

—¿Qué me cuenta Vd., señor cura?

—Lo que oyes; nuestro jefe ya tiene pensado quién ha de ser el capitan que salga al frente de la partida.

—¡Ay! ¡dichoso el elegido! suspira el jóven, porque él se ganará las estrellas de capitan si en la refriega no lo dejan seco de un balazo. ¡Con qué gozo volvería yo si fuese ese prójimo, pavoneándome al frente de mis voluntarios, para que me viese triunfante mi encantadora Aida!

Es de advertir que *Aida* es la hija del alcalde de Etiopía, que fué secuestrada por los facciosos y que ha sido destinada á servir de cocinera á la bella Amneris, la hija del cabecilla.

A seguida que se marcha el señor cura, Radamés, ó Tamberlick, entona un ária, porque es sabido que apenas un tenor de ópera se vé solo en escena, lo natural es que entone una romanza.

Aun tiene los últimos gorgoritos en la garganta, cuando llega Amneris, que está enamorada del bizarro oficial, y que le dirige algunos chicoleos, así, de una manera indirecta.

—Pero chico, le pregunta, ¿no tienes novia?

—¿Qué he de tener?... responde Radamés ruborizado.

Y cata aquí que llega Aida á preguntar á su ama cuánto tocino le echa al puchero, y no sé qué señas ó qué guiños observa Amneris entre los dos amantes, que se escama y dice para sus adentros:

—Me parece que el oficialito y la prisionera están un poco mareados; pero como yo llegue á persuadirme de ello, se vá á armar el gran escándalo.

Llega á la plaza el cabecilla, seguido de lo más florido de su partida, y cuando todos sus súbditos le han rodeado, les hace saber que los liberales se acercan á las sagradas montañas y vienen mandados por el alcalde de Etiopía, que es un valenton de primera, no sé si calamar ó radical, de esto no estoy cierto.

—Para escarmentarlos he pensado que salga una partida de mis mejores soldados, y he elegido para mandarla á Radamés, que me parece un buen muchacho.

Radamés dá gracias al cielo viendo colmados sus deseos; dirígenle todos á la iglesia para implorar la gracia divina en favor de los que van á campaña, y mientras tanto Aida se queda en la plaza llorando al considerar que es su novio el que debe salir á batir el cobre á su padre, que trae sin duda el propósito de libertarla.

Al comenzar el acto segundo han pasado algunos dias. Amneris está muy contenta, porque sabe que el apuesto mancebo, á quien ha consagrado su cariño, ha derrotado á los liberales, y debe llegar de un momento á otro á recoger en aclamaciones y enhorabuena el premio de su valor. Hablando de estas cosas con su cocinera Aida, descubre al fin, por confesión de ésta, que tambien está enamorada de Radamés, y lo que es peor, que éste le corresponde.

—¿Cómo, miserable esclava, te has atrevido á amar al que yo tengo destinado para marido mio apenas sea capitan y me deje derecho á viudedad?...

—Perdon, señora, yo no sabia que Vd. le quisiera.

—Tiembra, esclava vil, porque esa pasión impúdica reclama el digno castigo, y soy capaz de mandar que te emplumen y con la cabeza rapada vayas á pasear por el pueblo montada en un borrico, que no serás la primera liberala que se haya visto en esos trances.

Pero vamos á la plaza: allí se apiña el pueblo ansioso de ver á los vencedores que deben llegar de un momento á otro; á un lado hay algunas sillas, para el cabecilla, el cura y los oficiales carlistas; al otro lado hay un tablado sobre el cual está la murga del pueblo desgazanándose á tocar la pitita.

Este cuadro es magnífico; presididos de pendones, ciriales y banderines y de unas cuantas cornetas, entran los victoriosos carlistas, y en pos de ellos su capitan Radamés llevado por los muchachos en un carro de sacar mies. Detrás de él vienen convenientemente escoltados varios prisioneros liberales y entre ellos el alcalde de Etiopía, que por fortuna suya viene de incógnito, y únicamente su hija le reconoce al verlo.

—Calla, hija, dice él; si tus palabras revelan quién soy, estamos perdidos, porque estos bárbaros serán capaces de fusilarme.

Mientras tanto, el cabecilla se ha adelantado á abrazar á Radamés.

—Eres un valiente, le dice, desde este momento te nombro capitan efectivo, y para mejor premiar tus servicios, te casaré con mi propia hija Amneris, que es una moza juncal como estás viendo. Ahora pídemela la gracia que quieras, que estoy dispuesto á otorgártela.

Radamés, que se ha enterado de que uno de los prisioneros que trae es el padre de su adorada Aida, exclama al punto:

—Pues bien, pido la libertad de los prisioneros.

—¿Cómo se entiende? exclama hecho un escorpión el cura Ramfis. Es preciso tostarlos ó por lo ménos fusilarlos.

—Armase una gran algaravía y por último se resuelve dejarlos á todos en libertad menos á Aida y á su padre, porque la sagaz Amneris no quiso soltarlos de entre sus uñas.

El acto tercero pasa al lado de una ermita, en la falda de la montaña. Es de noche y Amneris viene acompañada del cura Ramfis á hacer oración al santo para que bendiga su próximo enlace con el bravo Radamés. Mientras están en la ermita, sale por otro lado Aida que habia citado allí á su amante, y á los pocos momentos, en cuanto ha tenido tiempo de cantar su correspondiente ária, viene tambien su padre, el alcalde Amonasro. Habia quien extrañó que los prisioneros anduvieran libres y sin embargo no se esca-

paran: se conoce que era la costumbre de aquellos tiempos bárbaros.

Amonasro hace saber á su hija que los liberales van á llegar pronto con intento de libertarlos. El tal alcalde, que debía ser listo, ha conocido que entre su hija y Radamés hay cierta intimidad, y procura persuadir á Aida para que valiéndose del dominio que ejerce sobre el capitán, averigüe hacia qué parte de la montaña piensa llevar sus soldados, en cuyo caso será fácil cogerlos en una emboscada y tomar el pueblo por sorpresa. Se resiste Aida á cometer semejante indignidad; pero el padre la amenaza con su maldición; la hace ver que el patriotismo exige de ella un señalado servicio, y al fin la convence.

Llega Radamés; Aida con sus zalamerías le arranca el secreto que ha de servir para vencer á los carlistas; sale de su escondite el alcalde, muy gozoso de haber descubierto el plan de sus enemigos; queda consternado Radamés al ver que ha hecho traición á los suyos; no teniendo ya otro remedio, quiere huir lejos, muy lejos, con su adorada Aida; salen de la ermita Amneris y el cura, que todo lo han oído; el alcalde va á asesinar á la hija del cabecilla, y no pudiendo conseguirlo, porque Radamés se interpone, huye á favor de las tinieblas con su hija Aida, mientras Radamés se queda para proteger su fuga, y se entrega preso al cura Ramfis, tranquilo porque su amada va libre.

Y llega el último acto: Radamés está preso en una mazmorra, acusado de alta traición: Amneris, que no ha dejado de amarle, se desespera, conociendo que le huele la cabeza á pólvora: para salvarle, quiere hacer un supremo esfuerzo; le hace llevar á su presencia, le ofrece que si se casa con ella y disculpa su delito con su ingenio, le salvará; pero él se mantiene en sus trece de que solo ama á Aida, y que, separado de ella, lo único que desea es morir. Reúnense en la cueva de la casa el cura Ramfis y varios carlistas para juzgar á Radamés. Llevado á la presencia del severo tribunal, el preso nada contesta á las acusaciones que le dirigen, y dándole por convicto de sus traiciones, condenanle á ser enterrado vivo en la bóveda que hay bajo la iglesia.

En vano Amneris apostrofa á los jueces y los injuria llamándolos asesinos; la sentencia no se revoca, y Radamés, encerrado en el angosto subterráneo, cuya entrada han cubierto con una pesada losa, se dispone á morir, cuando á sus ojos atónitos se presenta Aida, que habiendo sospechado lo que sucedería, entró antes que él en aquella oscura tumba, y viene á morir en los brazos del que bien ama. Mientras tanto los carlistas bailan regocijados en la iglesia, y Amneris, arrodillada sobre la losa que cierra el sepulcro donde en éxtasis amoroso espiran Aida y Radamés, ruega al cielo por su eterno descanso, ya que no puede hacer otra cosa en favor del que amó.

¿No les parece á Vds. ver representada en Amneris á *La Iberia*, arrodillada sobre la losa de plomo que cubre el sepulcro donde ha sido enterrada viva la libertad de imprenta, rogando á Dios por el eterno descanso de la difunta?

LUCRECIO.

MEMORIAS POSTUMAS de un español de nuestros tiempos.

I.

Yo no debiera haber nacido.

Me explicaré, para que no se crea que trato de dirigir un cargo á la Divina Misericordia, por haberme dado esta vida que tantos disgustos me cuesta. El cargo debo dirigírselo á la política, porque yo soy en realidad hijo de la política, como que si no hubiera sido por ella no habría nacido.

Mi padre había entrado de novicio en el Monasterio del Escorial, allá por el año 20, pero vino el primer pronunciamiento liberal en aquel año afortunado, triunfaron Riego y sus amigos, y cuando á mi padre le faltaban muy pocos meses para profesar como monje Jerónimo, ¡zas! vino un decreto de aquel gobierno liberal y echó fuera de los conventos á todos los novicios, dando así el primer paso en la civilizadora empresa de suprimir los frailes.

Mi padre salió, pues, á la calle, no sé, si de buena ó de mala gana, pero la revolución que le había cortado su carrera estorbándole que se hiciera monje, no quiso dejarle reducido á la condición de vago; vino de seguida una quinta y le hizo soldado. Yo no sé si él perdió ó ganó en el cambio, pero yo de seguro perdí, porque si á mi padre le hubieran dejado seguir sus inclinaciones, hubiera sido toda su vida un reverendo Jerónimo, y no habría tenido ocasión de casarse como lo tuvo siendo militar, y si no se hubiera casado yo no habría nacido. Esto me parece claro, así es que toda la responsabilidad de mis desdichas se la he atribuido siempre á Riego, que hizo una revolución para que se casaran algunos que habían resuelto vivir la vida contemplativa de la celda, el coro y el refectorio.

Vine yo al mundo en el año 23; por entonces, mi padre que había hecho profesión de liberal, andaba siempre á salto de mata, mezclado unas veces en conspiraciones que todas salían mal y escondiéndose otras veces para que no lo ahorcaran los realistas. Figúrense Vds. con esto si cuidaría con esmero de mi educación.

Pero murió el señor rey Fernando el año 33; las persecuciones contra los liberales cesaron, y los proscritos y emigrados fueron sacando la cabeza; parecía que en mi casa iba á haber por fin sosiego y tranquilidad, pero ni por esas; levantáronse en armas los carlistas, la guerra iba generalizándose, invadió todas las provincias, y cuando yo empezaba á aprovechar en la escuela las lecciones del maestro que me enseñaba á leer y á escribir, antojósele á mi señor papá levantar una partida de guerrilleros para perseguir á los carlistas, reunió hasta 40 liberales montados y lanzáronse á la vida de aventuras, debidamente autorizados por el gobierno para matar cuantos carlistas se les vieran á las manos. Yo apenas me acuerdo de esto, pero sí puedo decir que desde la edad de ocho años hasta que cumplí los doce, corrí todos los pueblos que tiene España y algunos más, porque como las pagas de los militares andaban mal, mi padre tuvo la feliz ocurrencia de agregarnos á su séquito á mi madre y á mí, á fin de que nuestra manutención corriera por cuenta del Estado, que si no daba dineros á sus valientes servidores, por lo menos les dejaba tomar en raciones y provisiones cuanto necesitaban.—¡Claro! no había más que exigirselo á los pueblos pordonde se pasaba.

Pero esta vida nómada se acabó. El año 40 no quedaba un solo carlista armado, y el escuadrón franco de que formaba parte mi señor padre fué destinado á Madrid. Seis años de campaña, día por día, había hecho aquel buen liberal: al comenzar la guerra se le dió el empleo de capitán, como que se presentó con 40 caballos y 40 ginetes; al terminar la guerra, después de haber recorrido montes, llanos y vericuetos, siempre en lucha con los facciosos y con la seguridad de que si caía prisionero no le fusilarían por no gastar pólvora, pero lo habrían desmenuzado á sablazos, mi señor padre seguía siendo un capitán como antes, ó un poco ménos, porque había mermado el número de sus soldados.

Pero, en fin, todo puede llevarse con paciencia tratándose del servicio de la patria. Al fin, mi padre tuvo su recompensa, pues si bien se había encontrado siempre de capitán en cuarenta acciones y en noventa y tantos encuentros y escaramuzas de medio pelo, al asegurarse la paz, el Gobierno de entonces tuvo á bien disolver el escuadrón de que mi padre formaba parte, y á éste le declaró de reemplazo.

Como no tenía otra cosa que hacer, mientras yo iba á San Isidro á aprender latín, mi padre repartía su tiempo de la manera más agradable que podía; el día lo tenía destinado á recorrer las antecámaras de los ministerios en solicitud de un empleo, que nunca le daban: por las noches ya era otra cosa; se dedicaba á conspirar contra aquel Gobierno, que no lo empleaba, y que, según le oía decir, no desatendía á los carlistas.

Ya sabrán Vds. que el año 43 se hizo otro pronunciamiento en sentido contrario al que se había hecho el año 40: no necesito decirles que mi padre se hallaba metido en él: mientras vivió, no hubo conspiración que no le contara en el número de sus adeptos. Pero los que hicieron aquel pronunciamiento contra el Gobierno de los ayacuchos, ya estaban pesados á los pocos meses; los verdaderos liberales, como mi padre, son los que están conspirando siempre contra todo Gobierno constituido, llámese como se llame; así, no había acabado el año de 1843, cuando mi padre ya estaba conspirando contra los moderados, á quienes había ayudado á conquistar el poder pocos meses antes.

Educado en tan buena escuela, y oyendo siempre máximas de tan sana política, excuso decir si yo saldría liberal. Mi padre se había contentado con ser progresista de los más avanzados; pero cuando yo me consideré con suficiente capacidad y suficiente ilustración para ejercer alguna influencia en los destinos de mi país, no quise andarme con medias tintas; me hice desde luego republicano, y juré odio eterno á los déspotas, es decir, á los que mandaran, ya fueran de este ó del otro color. Mis primeros pasos en la política los di siendo estudiante. Yo era siempre el primero de los discólos, y fácilmente encontraba pretexto para promover una huelga ó un tumulto.

La tiranía de los catedráticos, que nos exigían en la clase silencio y atención, era para mí insostenible; y al menor descuido les armaba un tiberio: si se introducía alguna modificación en el plan de estudios (y es de advertir que esto sucedía, como sucede ahora, todos los años); si se alteraban los precios de la matrícula; si se cambiaba de rector en la Universidad, alboroto al canto: allí estaba yo con los míos, dispuesto á cualquier hora á sostener que era preciso abandonar las cátedras y á cerrar el paso á los escolares tímidos que se sometían á la autoridad de los profesores.

Excelente fué para mí aquel aprendizaje; es verdad que no había aprendido una sola palotada de latín, ni de filosofía, ni de historia, ni de esas mil zarandajas con que tratan de recargar la inteligencia de la inexperta juventud los indigestos catedráticos; pero, en cambio, aprendí á arengar á las masas, á excitarlas contra un poder tiránico, á preparar una asonada, á tejer los hilos de una conjuración, á todas esas cosas, en fin, que constituyen la verdadera ciencia política, y conquistan á los grandes tribunos el aura popular.

Pero al entrar en la historia de esta nueva era, en que yo comencé á tener iniciativa como hombre político, necesito tomar aliento. La cosa bien merece capítulo aparte.

(Se continuará.)

EL PEOR DE LOS VICIOS.

El vicio más detestable de cuantos hay en el orbe es el de dar, según creo, á cada cosa su nombre.

¿De la dulce poesía qué fuera ¡oh Musas! entonces?

¿Qué fuera de la hermosura del lenguaje de los dioses?

Mengua y deshonra y oprobio sería para los hombres, llamar al asno borrico y á sus estocadas coces.

¿Quién á un sastre ó zapatero se lo llama en sus bigotes, hoy que artista se apellida hasta el que pinta balcones?

¿Ni quién por el nombre indica con que todos le conocen el sitio donde á los niños les sacuden los azotes?

La urbanidad y sus leyes que llamemos nos imponen, á las mujeres señoras, caballeros á los hombres.

Los ojos de una muchacha por fuerza han de ser dos soles, marfil ó nacar sus dientes, y perlas sus lagrimones.

Nevado cuello de cisne, será el pescuezo ó cogote; y nadie hable de quijadas; de sobacos ni talones.

Al alguacil y escribano, si están delante y lo oyen, para nombrarlos es fuerza buscar rodeos ó motes.

A los médicos ó físicos (y no por pulla lo tomen) de la ciencia de curarnos se les llama profesores.

Y son desde hace algun tiempo las boticas y jaropes oficinas de farmacia, y químicas producciones.

Y para adular á un necio gacetilleros renglones, por disimulo le llaman el muy apreciable jóven.

Orador es distinguido el charlatan que dá voces, y más de cuatro copleros conocidos escritores.

Patriota es el intrigante que aspira á ministro ó conde, y comerciante el hortera, y abonos las suscripciones.

El impresor es tipógrafo, y los cómicos actores, cubeta urinaria... aquello, pueblo libre el que alborote.

En fin ¿qué tendrán de malo estas cosas y estos nombres, cuando teme el que los usa que el usarlos le deshonre?

Y me callo muchos otros con muchas otras razones por si ofenderse pudieran algunos de mis lectores.

Que no todas las verdades son para letras de molde; pues si hay libertad de plumas, hayla también de garrote.

JOSÉ GONZÁLEZ DE TEJADA.

¿QUE POCA GALANTERÍA!

Todos los periódicos del mundo han venido ocupándose más ó ménos extensamente, del que llaman el acontecimiento científico más notable del siglo XIX: el paso de Venus por el disco solar.

Holgárame yo, á no ser por mi insuficiencia, en demostrar mi erudición repartiéndome amigablemente con los amables lectores de este ruidoso semanario con puntas de musical, sobre las ventajas de tan raro fenómeno; diriales que sirve para conocer con mayor exactitud la distancia de la Tierra al caluroso padre de las Musas, que hoy parece hallarse enfriado por el *gris pulmonario* del Guadarrama; asegurariales, en fin, que el cambio de sus estaciones es más frecuente por su brevedad que el nuestro, aunque de seguro no lo será el de ministerios, si es que en aquel país conocen la para los ministeriales fatal palabra de crisis. Y aun en estaciones, si vamos á cuentas, difícilmente existirá otro pueblo en que si no se cambien, se destruyen y renueven tanto como en este bendito rincón de Europa.

Mas no es mi objeto discurrir sobre este tránsito bajo el punto de vista de la ciencia; no voy á tratar del lucero precursor del día y de la noche con la austeridad del sabio, no. Voy á lanzar al rostro de mis compatriotas la terrible y desgraciadamente acusación de impolíticos, y de impolíticos con la hija del espumoso Océano, con la diosa bello ideal de las mujeres.

Cuando Venus por intermedio de los astrónomos nos anuncia su visita para el 9 de Diciembre, visita tanto más preciosa cuanto es más rara, pues la última que nos hizo fué en 1769; cuando todas las naciones se ocupan y preocupan en enviar comisiones que la reciban como cumple á su elevadísima posición, España no corresponde á su saludo y permanece ajena á tal suceso.

Prepáranse los sábios con los instrumentos *ad hoc*, cruzan los mares, sufren chubascos y tormentas con santa calma, todo por gozar mejor de la fulgurante

Vénus. Y en tanto, ¿qué hacen los astrónomos españoles? ¿Por qué no acuden como los demás al Japon, á la China y á la Australia?... ¡Ah! ¿Qué se habrá diciendo la infiel esposa de Vulcano al ver que ni un español la recibía? ¿Habrá creído—tal vez con razón—que yano existe la desdichada Iberia en que tantos han seguido á los Cartagineses, en aquello de

«fingirse amigos para ser señores»?

¡Quién sabe! Posible me parece que, enojada por nuestra poca galantería, ruegue á su padre político fulmine sobre nosotros los rayos de la venganza.

El temor de tan aterradora consecuencia ha puesto la pluma en mi mano, impulsándome el móvil de pedir á Vénus perdon humildemente; y válgome de la prensa, porque si se extravían hasta las cartas del correo interior, cuán fácil no sería que ocurriera lo mismo á esta mi memoria de desagrazados.

Y despues que sufrimos la mayor de las calamidades, plaga única que faltó á las nueve de Egipto; despues que hermanos con hermanos de un modo bárbaro y cruel se despedazan, faltábanos solo, para colmo de desdichas, que el excelso Júpiter nos castigase.

Fuera disculpas: hemos cometido una falta gravísima, extraordinaria, piramidal; cuanto se diga es poco: si censuráramos ágríamente que un hombre faltase á una dulce cita femenil, ¿dónde, dónde hay palabras lo bastante enérgicas para reprobar un acto tan inicuo, y sin segundo, como el de no asistir al cortés rendez-vous de la mujer encantadora y bellísima por excelencia.

Quisiera y procuro terminar, porque el sentimiento embarga mis sentidos y paraliza mi inteligencia. Sola y exclusivamente la consideracion de un deber ineludible es capaz de obligarme á escribir sobre un asunto enojoso y antipático. La acusacion de grosero es la más tremenda que hacerse puede á una persona, y esta acusacion aplicamos hoy con justicia á los españoles todos.

Un consuelo nos resta únicamente, y es: que, cuando, segun predicen los astrónomos, se repita en el año de 1882 tan singular fenómeno, acudamos solicitos á recobrar el lugar que nos corresponde, perdido en el último tránsito por dejadez indisculpable.

No desate su cólera contra este infeliz pluebo el brillante planeta, y espere que cuando arribe la ocasion oportuna *fairos nos excuses* cual cumple á caballeros. Sea paciente, que harto lo fué permitiéndola vivir el dios del fuego, despues de fabricar aquel célebre tegido, tras del que aparecieron, como en una jaula de la Casa de fieras, Vénus y Marte en delicioso grupo.

RAFAEL ALVAREZ.

CASCABELES.

En unos dos meses ha puesto en escena el Sr. Catalina en el teatro Español las siguientes obras, además de algunas del repertorio: *El árbol sin raíces, El Cid, La Esposa del Vengador, Roque Guinart, Dar en el blanco, El gran filon y Las Colorras*, todas en tres actos, y *Me es igual*, en un acto; es decir, lo que en otra época hubiera bastado para toda la temporada.

Si á este paso vamos, vá á llegar día en que las empresas de los teatros principales tendrán que estrenar todos los días una comedia, y los domingos una más por la tarde.

Los médicos de la capital han notado que por esta época del año tienen muchos menos enfermos que tenían antes de la revolucion. Y lo explican así: en aquella ominosa época todo el mundo tenía para comer y apiparse bien, y había muchas indigestiones. Ahora, solamente los que tienen la sartén del mango pueden comer; y á esos no se les indigesta nada.

Desde 1868 se viene observando que cada vez es menor el consumo de pavos; esto se explica, porque ya solo pueden comer pavo los de la situacion y los revolucionarios cesantes que han asegurado ya la cesantía. El resto de los españoles no puede comer pavo ni nada.

¿Saben Vds. que es fino y atento el Ayuntamiento de Madrid? Hace mucho tiempo que le dirigí una instancia en solicitud de que adquiriera para las escuelas que de él dependen, ejemplares de la preciosa obra de Larmig *Las Mujeres del Evangelio*. ¿A Vds. les ha contestado? Pues tampoco á mí. ¿Tiene que ver, que el Ayuntamiento desdén la obra de Larmig, admirada por todas las personas de buen gusto!

Una prueba de la vida que arrastran los teatros, es que de la comedia de Rubí *El gran filon*, que en otra época hubiera durado un mes ó más en la escena, solo se han dado 13 representaciones.

Aida (así dicen los vascongados á los bueyes de las carretas), es el asunto de todas las conversaciones.

Todo el mundo suspira por ver á *Aida*, y no quedará en Madrid persona alguna que no vaya á presenciar el hermoso espectáculo, porque hermoso es en verdad el que ofrece dicha ópera.

El empresario del teatro Real ha demostrado que tiene gusto y dinero, porque cuidado que habrá gastado dinero en poner en escena la obra de Verdi.

Y, sin embargo, á mí me gusta más *El Barbero de Sevilla*, que no cuesta un ochavo ponerla en escena.

—Papá, llévanos á los *Coloquios* del Circo de Recoletos.

—Calla, hijo mio; ¿no presencias ya aquí bastantes coloquios entre vuestra madre y yo? Me parece que no serán más animados aquellos coloquios que los nuestros.

Se ha publicado ya el segundo tomo de la magnífica *Historia del Comercio*, por M. Scherer, traducida por los alumnos del francés del Ateneo Mercantil establecido en esta capital, que ha prestado un gran servicio al comercio dando á conocer tan excelente obra. Felicítamos á tan ilustrada sociedad.

La obra consta de dos tomos y se vende á 40 rs.

Hombre, me parece á mí que el Sr. Camacho, que es muy buena persona, á pesar de ser ministro, debía hacer un esfuerzo para que esta Noche-Buena próxima tengan paga las clases pasivas de toda España.

¡Y cuidado que á mí no me corresponde paga ninguna! Pero me dan lástima tantas pobres familias que desde que tenemos las gloriosas conquistas consabidas, viven en la mayor penuria.

Todos los padres de familia deben hacer estas Pascuas á sus hijos el obsequio de suscribirles á *Los Niños*. Este es el más útil y provechoso regalo que les pueden hacer.

La Administracion, Atocha, 59, bajo.—Un año 40 reales en Madrid, y 50 en provincias.

Sentimos que esté ausente la señorita I. P., aunque no tenemos el gusto de conocerla, porque si no estuviera ausente no se le dispararian sonetos como el siguiente que copiamos de un periódico:

«En la ausencia de la señorita I. P.

SONETO.

Desde el negro momento que partiste
Quedó mi alma pecho desgarrado
Y mi amante corazon ¡ah! sepultado
Y mi cuerpo la pena no resiste.

Tu de mi amor el ángel fuiste
Y el sér que atento yo he adorado
Y lloro tu ausencia arrebatado
Y mi mente angustiada se reviste.

Mi fiel imagen y mi noble pensamiento
Se acuerdan de tí, prenda querida
Recuerdo que mi corazon nunca olvida.

Mas ya mi corazon á herir lo siento
Y mi cuerpo á soltar triste quebranto
Pues no veo el Sér que adoraba con encanto.

J. F. N.

En vista de este sonetillo, modelo de mal decir, suponemos que no querrá volver nunca la señorita I. P. allí donde se le escriben sonetos de tal calibre.

Pero hombre, es ridículo, sobre perjudicial, regar las calles cuando se hielan hasta las palabras, y el enamorado mas ardiente está tiritando aun al lado de su novia. Ya que se riegue, riéguese no con agua sino con cisco bien encendido.

Debía mandarse que los coches particulares y peseteros fueran al paso al desembocar en la Puerta del Sol, y se evitarían desgracias como la de la infeliz jóven que fué muerta dias atras por uno de aquellos.

Pero esto es predicar en desierto; los coches iran a escape, tomando ejemplo de los de los ministros y autoridades que los hacen correr para que la gente crea que van los tales señorones á asuntos urgentes para salvar al país, y suelen ir á pasear ó á visitarse unos á otros, ó á algun banquete.

Se ha dado la órden para que las clases pasivas de Madrid cobren una paga, y sabemos que se hacen esfuerzos para que suceda lo mismo en las provincias.

Hay muchos cesantes que preguntan si no será un obstáculo el haber cobrado la paga de Navidad hace muy poco; pero creemos que se refieren á la del año de 1873, y que, por lo tanto, pueden tomar la de ahora sin escrúpulos de conciencia.

En cambio, corren malas voces respecto á la paga de los activos. Excusamos advertir el entusiasmo con que estos se consagrarán al trabajo.

Sobre si el general Grant ha dicho esto ó lo otro ante la Cámara de los Estados-Unidos, se ha armado en los periódicos una de padre y muy señor mio. Por de contado creemos el asunto de menor importancia que lo que ha querido darse á entender; pues una cosa es decir que España no puede dominar la insurreccion cubana, y otra intervenir de hecho. Si se tratase de proteger expediciones filibusteras, para eso sí que se pinta solo el gobierno americano; pero exponerse á un compromiso, ya varía.

Pobre, desangrada y miserable nuestra patria, no consentirá en una humillacion tan vergonzosa; yo mismo sería capaz de recordar que he estado á punto de ser miliciano, y me engancharia de cabo de cañon en cualquiera de las fragatas de la Armada nacional que fueran á defender en Cuba el honor de nuestro pabellon.

Pero repito que el Sr. Grant lo pensará mejor: lo que entretanto hace falta es que se remitan sin pérdida de tiempo los refuerzos necesarios para aniquilar la insurreccion de Cuba.

Difícilmente se podrá cantar *Aida* en ninguna parte tan bien como en nuestro teatro Real. La señorita Fossa está admirable, y la señorita Vanda-Miller ha justificado completamente la excelente reputacion con que vino á este teatro. El público aplaude á las dos artistas con gran entusiasmo. De Tamberlick no hay que hablar; siempre es el mismo, el inimitable, el incomparable Tamberlick. David está muy bien y Boccolini, ya saben Vds. que Boccolini es el único en su género, el más consumado actor y más concienzudo cantante.

IMPRESA DE EL CASCABEL.
calle del Cid, núm. 4. (Recoletos).

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion: Atocha, núm. 59, bajo.

A REAL LA LINEA.

A REAL LA LINEA.

BARAJITA AMOROSA

FOR

DON JUAN TENORIO

dedicada á los enamorados.

Solamente cuesta 2 reales esta bonita baraja, con la que los enamorados pueden dirigirse preguntas y respuestas muy tiernas.—Administracion de EL CASCABEL, Atocha 59.

MUJERES DEL EVANGELIO

CANTOS RELIGIOSOS

escritos por el malogrado

LARMIG

Segunda edicion aumentada con el precioso canto

LA HIJA DE JAIRO

Obra recomendada por la censura eclesiástica.

Se vende á 4 rs. para toda España en la Administracion de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACION

PARA

1875

Redáctado por D. Carlos Frontaura, con la colaboracion de los Sres. Alvistur, Enciso, Guerrero, Gonzalez de Tejada, Bustillo, Ossorio, Perez de Guzman, Raceti, Sepúlveda, Solans y Trueba.

Se regala este magnífico ALMANAQUE, preciosamente impreso y lleno de grabados, á los suscritores de EL CASCABEL que renueven su abono por el año 1875, y á los nuevos que se suscriban por un año. Es el mejor ALMANAQUE, el más elegante ALMANAQUE, el más completo ALMANAQUE.

Se vende á 4 rs. en Madrid y 5 para provincias. Administracion de EL CASCABEL, Atocha, 59, bajo.

VERMOUHT DE SALLÉS

ÚNICO EN SU CLASE.

Especialidad para combatir las enfermedades del estomago, higado é intestinos

Premiado por el ilustre Colegio de farmacéuticos de Barcelona con medalla de plata, y en varias Exposiciones.

Aprobado por la Academia de Medicina y Cirugía, otras corporaciones científicas y profesores medicos. Depósito en Madrid en casa de los Sres. Prast,

Arenal, 8; García Regalado, Mayor, 39;

Besteiro, Imperial, 3; Arana, Preciados, 9; Los dos Siglos, Sevilla, 15; y Sanjaume, Horno de la Mata, 15.—Para pedidos de importancia dirigirse á D. Salvador Sallés—por Barcelona—SANS.

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

premiada en la Exposicion de Viena

DIRIGIDA POR

DON CARLOS FRONTAURA.

Por un año 40 rs. en Madrid y 50 en provincias.

Administracion, Atocha, 59, bajo.